



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Una alegría estable y verdadera

Exposición del Mensajero del Eterno

NOS alegramos de recibir las instrucciones del Señor, las cuales nos ponen al corriente de las cosas verdaderas. Durante mucho tiempo nos hemos ocupado únicamente de cosas ficticias. Ahora es el momento de ocuparnos de los caminos divinos, los únicos que puedan darnos entera satisfacción. Pues regocijan el corazón, fortalecen el alma, y nos permiten llegar a la meta que él Señor se ha propuesto hacernos alcanzar.

Las maravillosas instrucciones que recibimos son para sacarnos de las tinieblas e introducirnos en el Reino de la luz y de la bendición. Como hemos podido darnos cuenta con estas preciosas instrucciones, actualmente es el dios de este mundo, el diablo, quien dirige a toda la humanidad.

Es el dios de este mundo que forma en él corazón de los seres humanos un carácter hecho de las impresiones y expresiones que se manifiestan en el reino de las tinieblas. Esto produce un registro que conduce fatalmente a la destrucción y a la muerte.

Nunca podríamos hacer estas constataciones si no tuviéramos el conocimiento de la luz de la verdad. Esta luz nos permite hacer la diferencia entre la luz y las tinieblas. Pues las impresiones que emanan del Reino de la luz procuran vida y alegría.

Nuestro organismo puede medir admirablemente los efectos de la luz y los de las tinieblas, lo mismo que un termómetro marca los grados de frío y de calor. Los grados que son marcados por la influencia del Reino de la luz procuran la alegría, el entusiasmo, el bienestar, la paz, la dicha, la vida y las esperanzas grandiosas en el porvenir.

Es evidente que no hemos pedido nacer en el reino de las tinieblas; hemos nacido en él sin obra de nuestra voluntad. Tampoco hemos pedido recibir todas las instrucciones que inculcan en el reino de las tinieblas, de diversas formas y maneras, para formar un perfecto egoísta que se destruye por su mentalidad.

Es justa la expresión bíblica diciendo de los seres humanos: "Están ebrios, pero no de vino, se tambalean, pero no de licores fuertes." Es evidente que si estamos ebrios, no podemos discernir las cosas normalmente; pero la embriaguez espiritual nos hace completamente ineptos para avernos a razones.

Todos hemos bebido de este licor espiritual diabólico que pone ebrio. Ahora podemos darnos cuenta de ello, porque tenemos el contraste de la luz. Vemos así hasta qué punto el adversario nos ha inducido en error y falseado nuestro carácter. Es cierto que los seres humanos son muy capaces, y los hay que tienen una

inteligencia fantástica; pero esto no los ayuda para nada a diferenciar entre la luz y las tinieblas.

Se comprende, pues, que el evangelio, que ha sido tan anunciado en las tinieblas, no haya obtenido mucho eco en lo de poner en práctica los caminos divinos. Se ha aceptado la teoría de la luz, pero prácticamente se ha permanecido en las tinieblas.

Por eso no les sirve de nada a los que hablan teóricamente de amor, si en realidad se detestan. Ni tampoco hablar de misericordia, y ser de una dureza espantosa con el prójimo; ni hablar de sabiduría, pero ser de un abominable orgullo. Esto no proclama la sensatez, sino la locura, puesto que el orgullo es el principio de la demencia.

Sabemos, pues, a que atenernos. Por eso, debemos guardar nuestro corazón para no permanecer en el estado de meros teóricos, sino procurar ser verdaderos practicantes de los caminos divinos. Sabemos que tenemos un viejo hombre que es mentiroso, ladrón, homicida e hipócrita, porque está hecho absolutamente de egoísmo.

El espíritu de verdad, la influencia de la gracia divina, ha engendrado en nosotros la nueva criatura, que nos da el discernimiento para poner cada cosa en su lugar. Es así como empezamos a descubrir el misterio de iniquidad de que nos hablan las Escrituras.

El proceso que debe ser empleado para descubrir este misterio de la iniquidad, es vivir el misterio de la piedad. Esto significa mantenernos bajo el control del espíritu de Dios, que nos conduce a toda la verdad.

Se trata de tomar verdaderamente posición a favor de la luz, poniendo resueltamente a un lado todo lo que se relaciona con el misterio de la iniquidad. Para esto es preciso que nos conformemos con las instrucciones divinas, que pongamos a un lado nuestra voluntad personal y nuestras ideas propias.

El apóstol Santiago y el apóstol Juan nos enseñan que si alguno está enfermo, es necesario que confiese sus pecados y se esfuerce por realizar el programa divino como conviene. De esta manera podrá intervenir para él una libre circulación del espíritu de Dios en su corazón; quedarán sus nervios relajados y a consecuencia de esto será facilitada la circulación en todo su organismo.

Lo que lleva al hombre a la sepultura son los obstáculos que son provocados en las circulaciones por las crispaciones nerviosas, resultando de las ilegalidades vividas. Por tanto, basta con que aquellos que se encuentren en una situación deficitaria, abran su corazón. Pero es

indispensable que seamos totalmente honrados para obtener un alivio favorable.

Naturalmente, en este caso no debemos estar siempre ocupados con nosotros mismos, sino con el Reino de Dios. En la oración que nuestro querido Salvador les enseñó a sus discípulos, no se trata de pedir continuamente para nuestra propia persona. Y esta frase: "El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy", no es con referencia al pan material, sino precisamente al alimento espiritual.

Pues inmediatamente después dice: "Líbranos del mal". Este mal es el egoísmo que está en nosotros. Por tanto, se trata de liberarnos de nosotros mismos. El egoísmo forma parte del viejo hombre, y nuestro viejo hombre hay que ponerlo absolutamente a un lado, con la ayuda que imploramos del Señor.

De lo demás, no tenemos necesidad de preocuparnos, puesto que el Señor nos dice: "Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado por añadidura." Por lo tanto, no hace falta que nos preocupemos de otra cosa, ni de un salario ni de nada parecido.

El Señor nos da lo que necesitamos. Lo que nos ocupa es introducir el Reino de Dios y colaborar de todo corazón en su venida. Por eso el Señor nos invita a orar: "Venga tu Reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra."

El apóstol Pablo les escribió a los colosenses: "Habiéndoos despojado del viejo hombre, y revistiéndoos del nuevo, el cual se renueva en el conocimiento, conforme a la imagen del que lo creó." Col. 3: 9, 10. Es evidente que hay antagonismo entre la vieja y la nueva criatura. La nueva debe triunfar en nosotros de la antigua. Es una lucha que hay que emprender con energía y convicción, y no temer las mortificaciones del viejo hombre, si queremos acabar con él.

Para ganar la victoria, no debemos tratarlo con miramientos. Nuestro querido Salvador nos dice incluso: "Por tanto, si tu ojo (que es una parte del viejo hombre) te fuera ocasión de caer, no vaciles en arrancarlo; si fuera tu brazo, córtalo." Vemos que el Señor es categórico, porque la cosa esencial es precisamente que podamos desembarazarnos lo más pronto posible de nuestro viejo hombre.

Se trata, pues, de mantenernos bajo la acción de la gracia divina y de no temer la operación. El Señor se encarga entonces de darnos un nuevo brazo que hace el bien, mientras que el otro hacía el mal; un nuevo ojo que ve el bien, mientras que el otro veía siempre el mal por todas partes.

En el seno de la humanidad no se oyen sino críticas y reflexiones amargas y malas. Hay

